

# HOMBRES DE LADRILLO

Alejandro Morales



# HOMBRES DE LADRILLO

Alejandro Morales

Spanish translation of *The Brick People*  
by Isabel Díaz Sánchez



Arte Público Press  
Houston, Texas

*Hombres de ladrillo* ha sido subvencionado por la Ciudad de Houston por medio del Houston Arts Alliance.

*Recovering the past, creating the future*

Arte Público Press  
University of Houston  
452 Cullen Performance Hall  
Houston, Texas 77204-2004

Diseño de la portada de Pilar Espino

Morales, Alejandro, 1944-

[Brick people. Spanish]

*Hombres de ladrillo* / por Alejandro Morales; traducido al español por Isabel Díaz Sánchez

p. cm.

ISBN 978-1-55885-605-9 (alk. paper)

1. Simons Brick Factory—Fiction. 2. California—Fiction.  
3. Mexican Americans—California—Fiction. I. Díaz Sánchez, Isabel. II. Title.

PS3563.O759B718 2010

813'.54—dc22

2010025857

CIP

∞ El papel utilizado en esta publicación cumple con los requisitos del American National Standard for Information Sciences—Permanence of Paper for Printed Library Materials, ANSI Z39.48-1984.

© 2010 por Alejandro Morales  
Impreso en los Estados Unidos de America

10 11 12 13 14 15 16

10 9 8 7 6 5 4 3 2 1

## Agradecimientos

QUISIERA AGRADECER A LA GENTE DE SIMONS QUE SIEMPRE llevo en mi memoria y corazón. Muchas gracias a las personas que colaboraron para realizar la traducción y publicación de *The Brick People* en España lo cual fue un sueño para mí. Primeramente quiero reconocer a José Antonio Gurpegui por iniciar la idea de este proyecto y que lo ha encaminado hasta su realización. Gracias a Isabel Díaz por su arte fino de traducción y a Francisco Lomelí por su revisión y por su apoyo constante de mi obra. Le debo mucho a Fabio Chee por darle más mexicanidad a la traducción. A Nicolás Kanellos por ser el primero que le tuvo fe a *The Brick People* y por comprometerse a distribuir la traducción en los Estados Unidos. Gracias a Cristina Crespo Palomares por su fiel administración del proyecto. La traducción y publicación de *Hombres de ladrillo* no hubiera sido posible sin el apoyo pecuniario del Instituto Franklin-UAH y del Fondo SCR-43 y del Center for Research on Latinos in a Global Society en la Universidad de California, Irvine. De antemano les doy las gracias a los lectores que lean *Hombres de ladrillo*.

*Para Delfino Morales Martínez y Juana Contreras Ramírez*

El mundo se disuelve cuando  
alguien deja de soñar, de recordar,  
de escribir.

Carlos Fuentes, *Terra Nostra*



del que nada sabía. Había seguido un mándala direccional que sus padres le habían grabado en su psique.

Ahora, en 1892, en la Ladrillera Simons de Pasadena, Rosendo trazaba este mándala direccional sobre la suave tierra roja. La mañana se descubría con una soledad total, mientras terminaba la última figura oval del mándala, que consistía en un centro y cuatro óvalos entrelazados en una continua y desovillada espiral infinita de energía, tiempo y espacio. Esta figura simbolizaba la percepción que Rosendo tenía del cosmos. Representaba el patrón que seguiría para construir los edificios en los seis acres de tierra donde la finca de ladrillos continuaba creciendo.

Los hombres habían trabajado durante dos horas. Empezaron temprano y pronto terminarían con el pedido completo de ladrillos destinado a la construcción de una pequeña casa en Fair Oaks, cerca de la intersección con Glenarm. La Ladrillera Simons había conseguido tener la capacidad de producir cincuenta mil ladrillos diarios. Su constante demanda había hecho que el negocio de la producción de ladrillos aparentara ser un futuro lucrativo. Joseph Simons, el propietario, le había dado autoridad para contratar y despedir a los trabajadores; por el momento, la finca contaba con cuarenta hombres que previamente habían sido entrevistados y seleccionados por Rosendo. Muchos de estos hombres contratados procedían de Guanajuato, el estado natal de Rosendo.

Se deshizo del palo con el que había trazado la figura en el barro y dirigió su mirada hacia la puerta de la oficina de donde salía el patrón. Esperó y observó a los hombres que en ese momento trabajaban. Él, Rosendo Guerrero, no trabajaba sino que dirigía y mandaba. Era un capataz privilegiado y se sentía poderoso, no temía a nadie por su físico, y respetaba la capacidad para el negocio de Joseph y la habilidad de aquellos que dirigían a los obreros para montar huelgas en contra de hombres como Joseph. El trabajo de Rosendo consistía en que los mexicanos siguieran produciendo constantemente, y en mantenerlos contentos, así como en ejercer de sherife en la ciudad Simons. Todavía no había surgido ningún problema y Rosendo tampoco esperaba que hubiera alguno.

Se demandaban más y más ladrillos y la producción no paraba de crecer diariamente. Aunque Joseph sabía mucho de la fabricación del ladrillo, fue Rosendo quien le enseñó todo acerca del barro y las fórmulas para su preparación, información que Rosendo había adquirido de John V. Simons, el primo de Joseph. Éste solía escuchar atentamente y después experimentaba para mejorar la calidad de sus productos. Durante el primer año y medio trabajó codo a codo con Rosendo y los demás trabajadores; construyó moldes, carros, estantes de secado largo, mezcló, derramó y formó el barro rojo en ladrillos, y los secó y almacenó en hornos monolíticos para su cocción. Joseph adquirió el conocimiento y la visión de negocio de Rosendo, al cual él mismo reconocía como su mentor.

Mientras se preparaba para el día, y una vez dentro de la oficina, Joseph recordó la extraña historia que había escuchado de Rosendo cuando le conoció por primera vez. El mesero le había dado el menú, pero Rosendo no prestaba atención al desayuno. Mientras esperaba el café y revisaba algunas cifras, observó el cuadro de un hombre y una mujer que colgaba de la pared.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó Joseph al mesero mientras le servía el café.

El mesero miró el cuadro de forma distraída, —Es doña Eulalia, era propietaria de muchas parcelas de tierra de por aquí, y la gente dice que todavía vaga y anda por el campo, sobre todo por la carretera que conduce a este hotel.

—¿Cuántos años tiene en el cuadro? —preguntó Joseph mientras estudiaba el vestido de la mujer—. Ese es el misterio de la doña. Nadie sabe su verdadera edad. En 1836 más o menos, según el censo, se decía que tenía cincuenta y siete. Y cuando murió en 1878 el médico dijo que vio documentos el día de su muerte que decían que tenía ciento setenta años. Algunos creen que sigue viva.

—Impresionante —dijo Joseph.

—Lo más impresionante es lo que le pasó —replicó el mesero.

Doña Eulalia Pérez de Guillén se casó con Juan Marine y su matrimonio se convirtió en la fuerza que les guió durante toda su

vida. Juntos pidieron un trozo de parcela conocida como El Rincón de San Pascual, debido a que doña Eulalia había tenido un destacado papel en la Misión San Gabriel ayudando a mujeres indias, enseñándoles la higiene personal cristiana y cómo cuidar de los enfermos y moribundos. Llegó a tener un gran amor por la tierra que ella y su marido habían cultivado. Como símbolo de su amor plantó un roble cerca del comienzo de la carretera que llevaba al hotel Raymond en Pasadena. Su marido estaba presente cuando ella colocó delicadamente el árbol en la matriz terrenal que ella misma había cavado y dado forma con sus manos.

—Juan, yo soy este roble. Crecerá tan seguro como lo es mi amor por ti y por esta tierra. El día que lo derriben moriré y me convertiré en un insecto de la tierra.

Doña Eulalia y su marido cubrieron el árbol con tierra, lo regaron y dispusieron algunas piedras grandes y una cruz de madera a su alrededor con el fin de protegerlo. Después montaron sus caballos y se fueron a casa, al otro lado de El Rincón de San Pascual.

Ella siguió alimentando a su roble y de él crecieron tres ramas importantes: sus hijos. Poco después del nacimiento del tercer hijo, Juan Marine cayó enfermo, permaneció siete días en cama, perdió el pelo, no tenía ganas de comer y su piel enrojeció como si lo hubieran quemado. Durante su agonía afirmó que había visto objetos extraños que venían del cielo, que lo rodearon y después se fueron. Los tres hijos empezaron a sentirse aterrorizados por su padre, y la gente que lo había visto estaba convencida que había sido hechizado y que la familia había sido maldecida también. Los trámites para arrebatarles El Rincón de San Pascual a la familia Marine se presentaron inmediatamente después de la muerte de Juan.

Doña Eulalia luchó contra toda amenaza y petición para seguir teniendo derecho legal sobre la tierra. Durante las largas batallas psicológicas que se llevaron acabo, ella continuó cuidando del roble que cada vez crecía más fuerte. Un día cuando regresaba de haber regado el árbol, descubrió que sus tres hijos la habían abandonado. Dejaron una nota que decía que habían perdido el interés por el rancho de catorce mil acres y que preferían buscar mejor fortuna

en la ciudad. La nota no estaba firmada. Naturalmente, doña Eulalia no podía creer que sus hijos fueran capaces de tan inesperado acto.

Empezó a buscar a sus hijos, viajó a Los Ángeles y preguntó por ellos por todos lados. Puso anuncios en los periódicos, buscó en iglesias y misiones. Mientras más se alejaba tuvo la certeza de que estaba siendo vigilada. En su pecho se empezó a albergar el temor de que su casa corría peligro.

Un domingo se marchó a misa temprano y después se dirigió a Los Ángeles para comprar un pasaje por barco a San Francisco. Después de haber regresado a su casa, convencida de que la decisión de marcharse a San Francisco era la correcta y de que sus hijos se habían ido a esa maravillosa ciudad, se encontró con que su casa había sido completamente saqueada. Habían roto los muebles, las puertas y las ventanas. Los delincuentes se habían llevado todo lo que encontraron de valor, así como la ropa y toda la comida. Doña Eulalia se dio cuenta que no le quedaba absolutamente nada, excepto lo que llevaba puesto y su roble.

Consternada ante la casa devastada, corrió a las habitaciones y miró el mundo que se asomaba por cada una de las ventanas. De repente, comprendió que su roble estaba en peligro, salió de golpe de la casa y corrió en dirección al árbol. Intentaba seguir respirando y aunque se cayó y se rasgó el vestido y la ropa interior siguió avanzando. Mientras se arrastraba, pensó que no abandonaría su objetivo por nada del mundo. Sintió que las piernas y brazos eran bloques de piedra y la boca se secaba mientras se acercaba al árbol. Sabía que la habían estado observando durante algún tiempo y que probablemente la estarían vigilando ahora. Pronto llegaría a ese lugar.

Doña Eulalia se tambaleó, tropezó con una de las rocas que resguardaban el árbol y se cayó delante de una gran herida abierta en la tierra. Gracias a los últimos rayos de sol, pudo ver el entramado de raíces y más allá del árbol caído. Lo habían talado y cortado en cuatro partes. El tronco estaba delante y en dirección perpendicular a ella; habían cortado las tres ramas principales del árbol y las habían dispuesto como si se tratara de una cabeza y dos brazos, formando así la figura de un hombre.

—¡Mi familia! ¡Mi vida! —el grito de doña Eulalia rompió en la noche que ya envolvía el lugar.

Allí, en la tierra, pudo ver a su esposo y sus tres hijos, y encima de ellos la cruz que ella y su marido habían puesto para proteger el árbol hacía tantos años. De rodillas, tomó un puñado de tierra y se frotó el cuerpo, desgarrándose el vestido y exponiendo su carne a los elementos de la naturaleza. Se puso en el borde del foso y se dejó caer.

Pasaron tres semanas antes de que un granjero local y su familia descubrieran los restos de la ropa de doña Eulalia. El granjero acudió a las autoridades de Pasadena. Cientos de personas fueron a ver la ropa de la desafortunada doña Eulalia, los mismos que habían informado de su desaparición el día después de que ella descubriera el árbol destrozado. Nadie se atrevió a tocar la ropa. Al final, uno de los más valientes saltó al agujero, tomó el vestido y lo arrojó a sus amigos, en cuyas caras se reflejaba un gran terror. El hombre del foso dirigió su mirada hacia sus pies y vio cientos de indescriptibles insectos cafés. Los insectos empezaron a trepar por sus pantalones. Mucha gente se quedó paralizada y otros corrían gritando que el cuerpo de la doña se había convertido en millones de insectos. El horror se apoderó de esta gente a la par que los insectos trepaban por sus cuerpos, esparciéndose por el lugar y cubriendo todo El Rincón de San Pascual.

—Absolutamente impresionante —repitió Joseph.

—Sí —añadió el mesero—. Parece increíble que se convirtiera en millones de insectos cafés y que la gente viera cómo sucedió esto. Ella entendía a la tierra de un modo especial y poseía poderes telúricos. Ella es la tierra y aquéllos insectos eran ella misma.

Joseph dejó su taza de café y se dirigió fuera del hotel sin poder creérselo. Forzó la vista para poder ver mejor, pero allí no había ni caballos, carro o conductor. Irritado comprobó que eran las ocho y media, y recordó que John le había dicho que eran las ocho en punto. Regresó al comedor del hotel y pidió más café. No había ningún indicio del momento en que llegaría el vehículo. Las horas pasaban, y alrededor de las diez y media, después de haber

aguantado un buen rato, decidió ir a buscar un carro. En ese momento, cuando se disponía a levantarse para ir a la habitación y dejar su equipaje, oyó cierto barullo en la recepción. Se acercó para ver qué pasaba. El recepcionista le gritaba a un hombre de piel oscura que vestía unos pantalones y gorra de lana gris, camisa blanca y chaleco negro que se encontraba en pose calmada, tranquilo y de pie frente al mostrador.

—¡No puede estar aquí! Si tiene algo que vender, diríjase a la entrada por la parte trasera. ¡No se permite la entrada a mexicanos y negros! ¡Fuera!

El hombre de piel oscura proyectaba una imagen de poder debido a su compacta y fornida estatura. Los agresivos insultos del recepcionista no le perturbaron. No mostraba miedo y se mantenía firme. Lenta y deliberadamente sacó un sobre de su chaleco que iba dirigido a Joseph Simons y se lo entregó al hombre beligerante. El recepcionista se volvió para buscar a Joseph que estaba en la entrada del comedor. Pensó que se trataba del conductor del carro y se sintió aliviado de que había llegado. No estaba enojado con el conductor sino con el recepcionista. Los mexicanos trabajan para John, pero podrían trabajar para mí perfectamente . . . pensó mientras cogía el sobre. El conductor se giró y salió por la entrada principal.

—Señor Simons, yo . . .

Joseph levantó la mano indicando que no quería ninguna explicación del recepcionista. El mexicano no era mayor que Joseph, pero su cara y su comportamiento revelaban una gran experiencia. Afuera, atendiendo a los caballos, esperaba sus órdenes. Con una incipiente sonrisa, Joseph empujó la puerta y encontró algo inesperado. Para su sorpresa, John había enviado un equipo de cuatro caballos grandes que tiraban de dos carros. Era obvio que los caballos eran de una excelente calidad y que los carros eran nuevos, los mejores y más grandes de su clase. El conductor observó a Joseph durante un segundo y tomó asiento. Tanto Joseph como el mexicano asintieron con la cabeza. Joseph y Rosendo condujeron cuatro caballos y dos carros en dirección a Fair Oaks por Glenarm Street. Mientras ellos marchaban a paso lento con cierta confianza, varios hombres y mujeres los miraban

fijamente. Rosendo había conseguido ser un excelente carpintero y un astuto hombre de negocios: un factor clave para el éxito de la empresa de ladrillos de Joseph.

Rosendo miró la puerta de la oficina y movió la cabeza disgustado cuando un hombre entró de repente.

—¡Don Rosendo! —exclamó el hombre alto que se movía a lo lejos frente a él. Rosendo saludó.

—Si es usted tan amable, unos amigos quieren hablar con usted. Están interesados en trabajar, don Rosendo.

Rosendo se detuvo en el establo donde los trabajadores reían y preparaban los caballos, las mulas, los carros y las herramientas para el reparto del día. El hombre que acababa de hacer la petición permanecía a una distancia de doce pies esperando una respuesta.

—Por supuesto, dígales que se presenten mañana aquí a las ocho para una entrevista. Que estén exactamente a las ocho —dijo Rosendo con voz grave y mirándoles a los ojos.

El hombre bajó la vista hacia el suelo, —Gracias, don Rosendo, gracias.

—De nada. Ahora vuelve al trabajo —dijo Rosendo llevando al hombre hasta la cantera donde estaría cavando en el barro rojo en turnos de doce horas. Rosendo dirigió su atención hacia el establo y vio para su sorpresa que Joseph guiaba uno de sus caballos favoritos, ensillado y listo para ser montado. Joseph soltó las riendas y se acercó a Rosendo—, quiero que se contraten diez hombres más. Recuerda, que no sean chinos.

—Sí, tenemos mucho trabajo —Rosendo cruzó los brazos.

—Doblaré el personal en un año —sonrió Joseph.

—¿Dónde dormirán los diez hombres que quiere contratar? —preguntó Rosendo con cautela.

Joseph sonrió, —Pueden dormir en el establo o compartir el recinto de los hombres solteros, ¿no crees que vayan a haber quejas, verdad?

Rosendo negó con la cabeza, pero sus ojos, boca y manos denotaban que para impedir que se marcharan estos hombres debían ofrecer algo mejor.

—Pediré madera para construir cabañas. Mientras tanto, pueden vivir en tiendas. Sugirió un sitio para las cabañas, ¿dónde? —Joseph esperó la respuesta.

Rosendo se puso delante de Joseph para poder ver mejor el sitio en cuestión, —La parte oeste de la finca, la Casa Blanca del Oeste.

Rosendo decía cosas que Joseph no podía comprender, sin embargo, respetaba su significado e importancia. Siempre había una lógica recóndita que Rosendo sacaba a relucir. Joseph apreciaba la habilidad lingüística de Rosendo, ya que hablaba bien el inglés desde la vez que lo conoció por primera vez.

—¿Por qué la parte oeste? ¿No vamos a cavar allí? —preguntó Joseph.

—No. La cantera del sur es rica. Sacaremos arcilla de allí durante muchos años. Cavaremos hacia el norte desde el punto más alejado del sur, hacia el centro de la finca. Desde el centro iremos hacia abajo gradualmente en más profundidad. El punto más profundo será el más alejado del centro. Tenemos casas en el este ahora y deberíamos construir más en el oeste para separar a los trabajadores. Tendremos dos fuentes de energía, dos fuentes de trabajo. La ladrillera y las máquinas nuevas estarán en el lado norte del centro, en el lado norte del eje este-oeste. La oficina está situada en el centro. Desde allí podrá observar el mundo que estará creando. —Rosendo parecía satisfecho.

—Estoy convencido, Rosendo. Pero sabe que quiero que se cambie a la oficina. Ése será el alojamiento del capataz.

Rosendo aceptó con agrado el cambio y la oportunidad de estar en el centro del mándala direccional.

Esa gris mañana de cambios, Joseph tenía una cita en un banco de Pasadena para ultimar la compra de dos máquinas de producción de ladrillo de barro. Se habían entregado las partes y los mecánicos ensamblarían el aparato por la tarde. Joseph quería observar el montaje de estas bestias tecnológicas. Rosendo también estaría presente para aprender de la operación. En la agenda del día había programado una visita a la propiedad de la calle California que Joseph había comprado para construir varias casas para su

propia familia. Por supuesto, las casas serían construidas con ladrillo Simons.

—Rosendo, quiero que escoja el mejor ladrillo, el mejor material para mi casa. Empiece con eso hoy. Lo veré con los mecánicos esta tarde.

Joseph tomó las riendas, montó su caballo y galopó hasta el centro de su fábrica siguiendo el eje norte-sur hacia el mundo exterior. Rosendo cabalgaba por la finca vigilando a los hombres para asegurarse de que la producción se mantuviera aproximadamente en 50.000 ladrillos por día.

Gracias a la instalación de las nuevas máquinas, se intensificó la excavación en la cantera de arcilla y, en seis meses, los mexicanos ya habían extraído de la tierra el doble de arcilla que Joseph y Rosendo habían previsto para ese período de tiempo. Se empezó a formar un inmenso agujero rojo, una herida situada en un lugar imperceptible de la preciosa piel de la tierra. Rosendo contrató a más mexicanos para que se adentraran en la cantera y cavaran, moldearan y crearan el material que formaría de pequeñas a grandes pirámides.

Joseph, satisfecho con el progreso de su empresa, valoraba al trabajador mexicano y, en su opinión, se esforzaba de cualquier manera por mantener contentos a sus peones. Sobre todo, no quería oír voces discrepantes en su ladrillero. Había movimientos obreros en el país que inspiraban demandas inadmisibles y huelgas letales. Si sus trabajadores pedían menos horas y más dinero, el progreso económico de la empresa se vería mermado en gran medida. Había movimientos sociales en diferentes partes del mundo que amenazaban con la destrucción de los poderes mundiales establecidos. Hombres de piel morena mordisqueaban las porciones de las colonias británicas y españolas. El sindicalismo se hacía más fuerte en los Estados Unidos, e insistían en que los trabajadores lucharan por un salario más justo y una mejoría de sus condiciones laborales. Los sindicatos y los socialistas radicales comparaban la situación de los trabajadores explotados en Latinoamérica, África y Asia con los trabajadores de los Estados Unidos y pedían que la gente estuviera alerta ante el trato injusto. Consciente de lo que podría suceder si los idealistas extremistas se

infiltraran entre sus trabajadores, Joseph hacía todo lo necesario para mantener la moral alta sin tener que arriesgar las ganancias de su empresa.

Una vez caída la tarde, Joseph decidió cabalgar junto a Rosendo mientras éste hacía sus rondas por el mándala direccional de la finca de ladrillos. Conforme se acercaron a lo alto de la cantera, varios trabajadores corrieron hacia ellos sobresaltados.

—¡Don Rosendo! ¡Hay difuntos! ¡Hemos descubierto miles de cadáveres!

Rosendo escuchó los gritos con una expresión perpleja que pronto se transformaría en una mirada seria.

—¡No entraré en la excavación nunca más! ¡Es tierra sagrada!

—¡Me temo que los muertos nos han visto!

—¡Los habremos despertado!

Joseph sujetó firmemente el caballo y esperó a que Rosendo le diera una explicación quien, en ese momento, la buscaba en la cantera más allá de los hombres.

—Los hombres han encontrado un cementerio, probablemente indio —dijo Rosendo mientras se alejaba de los hombres que gritaban girando su caballo de manera brusca.

—¡Cálmense! ¡Si tienen miedo vuelvan al trabajo en los estantes de secado! ¡Cobardes! ¡Los muertos no les harán daño, sólo asustan! —gritaba él.

Rosendo atacó el orgullo de los trabajadores. Había cuestionado su hombría. No eran cobardes, pero se habían atemorizado corriendo como niños asustados por lo que, en circunstancias normales, se considerarían simplemente cadáveres en proceso de descomposición. Se les había inculcado respetar a los muertos y no violar el derecho de los difuntos a descansar en paz. Cuatro hombres siguieron a Rosendo mientras avanzaba hacia la cantera. Uno de ellos permanecía detrás y caminaba lentamente hacia el centro de la finca. Joseph pudo reconocer la expresión deformada de terror en la cara del hombre mientras se marchaba.

El trabajo se había detenido en la mina cuando llegó el grupo. Los hombres, en el campo de barro rojo, girando alrededor, miraban dentro de las varias cavidades profundas de la tierra. El silencio dominaba el área. Una ligera brisa se dejaba sentir de norte

a sur mientras Rosendo y Joseph se apeaban y llegaban al círculo más cercano. Los dos hombres estudiaron el sepulcro y se dieron cuenta de que había una extraña lógica en ese agujero. Había un cuerpo envuelto y preservado en el centro. Contrariamente a lo que esperaban los que allí miraban, el cuerpo no estaba deteriorado. Alrededor de los restos momificados, casi en perfecta disposición, sobresalían de la pared de barro partes de otros cuerpos que tocaban el cuerpo situado en el centro. Joseph vio una mano, un brazo, un pie, una pierna y unas nalgas que se extendían hacia el centro. Ninguno de los cadáveres estaba desmembrado, sino que se retorcían de modo exagerado para enfatizar una parte específica del cuerpo humano.

Joseph se dio la vuelta, aunque la curiosidad lo hizo que se uniera a otro círculo de hombres que observaban los restos humanos. Se movía de un lado a otro. Para su sorpresa, muchos de los cuerpos momificados que estaban envueltos en ropas chinas, con pelo y barba arreglados de acuerdo con las tradiciones, miraban para arriba y a través de sus ojos asiáticos. Había un total de diez hoyos cubiertos con cadáveres. Joseph sabía que la tierra era un cementerio sagrado para los indios, pero no entendía por qué cientos, quizás miles de chinos, estuvieran enterrados allí.

—Masacre, masacre —repetía Rosendo con tono disgustado y contrariado.

Los muchos relatos sobre la masacre habían hecho de este infame suceso una memoria que empañaba en la conciencia de la comunidad. Mucha gente creía que el pueblo chino era hábil para confabular cuentos en contra de los angloamericanos, y pensaban que la historia de la masacre era una leyenda traída de China. Poca gente creía que la masacre hubiera ocurrido realmente. Sin embargo, Joseph y Rosendo tenían ante sus ojos cientos de cuerpos chinos con agujeros de bala, heridas de puñal y cráneos aplastados. Los cuerpos, apilados de cuatro en cuatro y de cinco en cinco, eran la prueba de que la horrenda masacre había tenido lugar en un pasado reciente.

Joseph y Rosendo ordenaron a los hombres que continuaran cavando y que colocaran los restos en una pirámide en el centro de la cantera principal. Algunos de los trabajadores simplemente se

negaron y se marcharon. La mayoría, motivados por pena, la curiosidad mórbida o por el deseo de darles alguna especie de ritual aceptable, se quedaron para exhumar a las víctimas y para que sus almas descansaran en armonía con Dios. Los cuerpos empezaron a empañar la mente de Joseph a medida que la pirámide de carne crecía.

Había corrido la sangre debido a una disputa entre dos organizaciones fraternales chinas. La batalla era producto de una historia de amor prohibida entre dos jóvenes cuyos padres pertenecían a Tongs rivales. El Tong Nun Yong acusaba a miembros del Tong Hing Chow de haberse robado a una de sus mujeres. El padre le impidió a su hija que se casara bajo ningún pretexto con un hombre del Tong Hing Chow. También sucedió que Chang, un joven enamorado profundamente de Kim, dispuso un encuentro con su amada en el jardín de la residencia del coronel Antonio Francisco, en la calle de los Negros. Kim fue seguida al jardín por miembros de su Tong el día del encuentro. Los amantes fueron sorprendidos y, al temer por su vida, Kim escapó con Chang a su residencia Tong.

En contra de la tradición china de completa obediencia, Chang y su amada se escaparon para esconderse en algún lugar de Los Ángeles. Esa noche hubo disparos esporádicos entre los Tongs, porque ambos clanes estaban convencidos de que el otro había causado una seria afrenta contra el honor de su familia. Conforme avanzaba la noche, acudieron más miembros Tongs y el fuego cruzado se hizo más constante. Los residentes de la calle de los Negros llamaron a la policía.

El oficial George Bilderraine llegó temprano por la mañana mientras los chinos esperaban en la calle. Aparentemente sin temor, Bilderraine se colocó en el centro de la calle entre los dos Tongs enfrentados y pidió el cese del fuego. Cuando pronunció la última palabra se oyó un disparo y cayó un chino. Bilderraine siguió al tirador hasta una construcción de adobe que estaba en la propiedad del coronel, en la esquina de las calles Arcadia y Los Ángeles. Aproximadamente media hora más tarde se oyeron disparos dentro

del recinto del coronel y, poco después, Bilderraine salió a la calle y cayó fatalmente herido. Los chinos gritaron y pidieron ayuda preocupados por Bilderraine. En ese momento un hombre de negocios que pasaba por el lugar se acercó a Bilderraine; lo asesinaron junto a tres curiosos mientras intentaba trasladar al hombre herido hacia un lugar más seguro. Los tres fallecidos eran un hombre y una mujer chinos y un niño mexicano que habían estado observando desde otro carro atado al frente de la ferretería. Cuando la madre y el padre salieron de la tienda y descubrieron a su hijo muerto, empezaron a oírse más gritos y maldiciones, acompañados de disparos indiscriminados en medio de la multitud china allí concentrada. Unos amigos sujetaron al padre y se lo llevaron junto a su esposa y su hijo muerto.

A medida que avanzaba la madrugada aparecieron más chinos con pistolas y cada vez más ciudadanos mexicanos y anglos fueron a sacar sus armas. La historia de estas muertes corría por las afueras de la ciudad. Multitudes, la mayoría hombres, se dieron cita alrededor de la plaza central y en las calles que conducían a la calle de los Negros. Otra muchedumbre compuesta por los elementos más bajos de la población, aquellos dispuestos a asesinar, luchar, saquear y violar, se preparaba en la calle Los Ángeles para avanzar hacia la entrada de la calle de los Negros. Entrada ya la tarde, el whisky y el vino circulaban abundante y libremente ya nada podía frenar el monstruoso espectro de violencia y efusión de sangre.

La cuadra de los chinos estaba en la calle Sánchez, detrás de la casa de adobe del coronel, donde regentaban sus negocios y restaurantes. La calle era un lugar de reunión para muchos de los chinos de Los Ángeles y también era la zona cultural más segura para ellos. Los chinos se empezaron a agrupar en los edificios de la calle Sánchez y en el recinto del coronel a medida que llegaba la noche. Pronto entró en escena el sherife James F. Burns quien, con algunos miembros de la policía local, rodeó el área donde se atrincheraban los chinos, sobre todo el edificio del coronel. El sherife Burns creía que los líderes del levantamiento residían allí. El sherife se colocó de frente para poder enfrentarse a la multitud inquieta.

—¡Está bien, escúchenme! cuando amanezca detendré a los asesinos y a los amotinados —el sherife señaló el edificio del coronel mientras hablaba.

—Yo estoy al mando aquí —continuó—, ahora quiero que se dispersen y que se vayan a casa. He puesto un guardia. Ninguno de esos chinos va a salir. Ahora iré a pedir más ayuda y cuando regrese espero que ustedes, buenos ciudadanos, se hayan ido. El sherife MacGowan estará al mando. Tiene órdenes de disparar a cualquiera que intente escapar o quiera atrapar a esos chinos.

El sherife miró al sherife y se abrió paso entre el público desapareciendo en la oscuridad más allá de las antorchas. El sherife MacGowan se situó enfrente del edificio del coronel y esperó. La gente se dispersó en pequeños grupos que crecían cada vez más y más desordenadamente con cada botella de whisky consumida. El gentío empezó a proferir insultos y amenazas y a lanzar botellas donde estaban acorralados los chinos. Muchos comenzaron a disparar al firmamento. Hubo muchos disparos al edificio del coronel. Los chinos gritaron a la muchedumbre para que parara y ésta respondió con risa. El sherife MacGowan les ordenó que se dispersaran, pero su voz quedó sofocada por la risa, los gritos y los disparos. Los insólitos sonidos de la noche danzaban furiosamente en la mente de los chinos sitiados. De repente, el miedo se transformó en pánico y varios hombres intentaron escapar. Mientras corrían calle abajo, dos hombres cayeron por los disparos y otros dos fueron apresados por el sherife MacGowan, al tiempo que la muchedumbre gritaba:

—¡Línchelos!

—¡Cuelguen a los chinos!

—¡Cuelguen a los bastardos amarillos! —La gente borracha y enloquecida arrastraba a los chinos por la calle Temple hacia el corral más cercano donde, los dos desventurados hombres, fueron linchados en lo alto de unas vigas transversales.

Mientras los cuerpos atados se retorcían y pateaban, se produjeron unos cuantos intentos para rodear la barricada china del edificio del coronel. Una enorme legión guiada por el delirio de irracionalidad, el odio y el alcohol, rompió las ventanas, rajó las puertas y acuchilló los tejados para poder dispararles a las víctimas

horrificadas que se encontraban dentro. Los chinos tuvieron que huir para salvar sus vidas. La gran distancia que había desde el lugar donde estaban escondidos hasta el lugar donde morirían no les dejaba otra alternativa. La muchedumbre llevada por una furia caótica no discriminaba entre hombres, mujeres o niños. La gente de los ojos rasgados estaba condenada a muerte. Aquellos chinos que escapaban por las calles fueron acribillados; a otros se les colgó de horcas improvisadas: un carro con estructuras convenientemente altas, barras vigorosas y sólidas vigas de corral de madera. La noche seguía avanzando y se podían ver ahora los cuerpos colgados de los chinos, apaleados o arrastrados por las calles de Los Ángeles.

Muchos chinos se refugiaron en casa de sus jefes por seguridad, otros huyeron para refugiarse en las residencias oficiales de la ciudad. Algunos encontraron refugio, a otros se les echó a la calle, pero la mayoría de las puertas quedaron cerradas y no se abrieron ni tan siquiera para reconocerles antes de morir. La locura de la noche no hizo excepciones. La violencia aumentó y se extendió por la plaza. El gentío intentaba encontrar y dar muerte a todos los chinos de la ciudad y empezaron a registrar las casas donde se sabía que había chinos contratados.

La familia de don Roberto Londres había acogido en su casa a cuantos chinos podían caber en ella cuando empezó a anochecer. La chusma encolerizada tumbó a hachazos la puerta, rompió las ventanas, saqueó la casa y apaleó a los miembros de la familia; allí capturaron a veinticinco chinos. Los hombres fueron brutalmente golpeados y se llevaron a tres muchachas jóvenes a una habitación donde fueron violadas repetidamente. Uno de los asesinos que manoseaba con sus ojos y manos a las mujeres reconoció a una de ellas a la cual él mismo había visto cuando comenzó la masacre. La mujer permanecía al lado de un joven que la protegía. El vigilante enfurecido se enfrentó a la pareja.

—¡Tú eres la causa de todo esto!

El grito retumbó en el silencio que dominaba el salón de los Londres donde se abrazaba la pareja.

—¡Tú eres la china puta que quieren los Tongs! ¡Ustedes son los que han causado la muerte de mi gente! —el hombre tumbó a

Kim arrastrándola por el suelo y la volvió a golpear antes de que Chang le arrancara el cuerpo de su amada.

La gente arrastró a la joven pareja fuera.

—¡Encuérenlos!

—¡Traigan los caballos, ocho caballos!

—¡Qué muera la china puta y su chino cabrón!

Fueron aporreados en el suelo, sus cuerpos deslumbraban por el sudor que desprendían. Chang y Kim se revolviéron para mirarse a los ojos una vez que estaban ya en el suelo, mientras se burlaban los hombres lo golpeaban a él y a ella le tocaban sus genitales expuestos. Los amantes se miraban hasta que los separaron para dejar espacio necesario para que los caballos se pusieran al lado de los cuatros puntos de cada cuerpo. Los pocos gritos de protesta se enmudecieron inmediatamente. Unos forasteros salvajes se dispusieron a atar con cuerdas los brazos y manos de cada uno de los cuerpos a los caballos. Ataron también unos cables para evitar que se deslizaran las cuerdas por los cuerpos. Los cables cortaban la piel como si fueran cuchillas y empezó a derramarse por la tierra la sangre de las manos y piernas de los amantes. Los que montaban los caballos permanecían en su sitio esperando la orden imperceptible para los amantes, la muchedumbre gritaba al unísono en el silencio con el alarido inhumano —¡Tiren!

Los caballos, controlados por el verdugo que ya había dado la señal con un pañuelo rojo, se movieron lentamente separándose de los cuerpos. La cuerda se tensó y tiró directamente de los miembros de los amantes. No salió ni una lágrima de los ojos de Chang y Kim, ni un sólo lamento de sus apretadas gargantas, solamente una extraña y dolorosa sonrisa salió de sus labios. El ejecutor detuvo los caballos y los cuerpos cayeron a la tierra. La multitud enloquecida seguía insultándoles mientras bebían whisky y vino. Después de consultar con los jinetes, el ejecutor volvió a dar la señal y los caballos se apartaron con más fuerza tirando aún más. El estruendoso crujir de los huesos y la rotura de músculos y tendones provocó una mueca de dolor en la gente. Pedían que los caballos tiraran más fuerte pero los cuerpos todavía seguían unidos.

Después de unos veinte minutos, el ejecutor cambió la dirección de los caballos para que los que estaban unidos por los

brazos tiraran hacia la cabeza y los que estaban atados a las piernas tiraran hacia los brazos. La escena se repitió dos veces, pero fue en vano porque los cuerpos rotos seguían siendo uno. La gente empezó a pedir más caballos y se tuvieron que atar dos más a los muslos de los amantes siendo un total de seis bestias para cada cuerpo. Mientras se disponían los caballos, los amantes empezaron a temblar en el suelo como si tuvieran frío. Al tercer intento los caballos tiraron de cada pedazo de carne y hueso. La muchedumbre comenzó a impacientarse y amenazó al ejecutor que tiraba de los caballos y estiraba los cuerpos al límite. Chang y Kim seguían unidos. Los cuerpos se cayeron al suelo cuando se volvió a dar la señal. Las cabezas se movieron y la mandíbula inferior de uno de ellos se movió como si intentara hablar, la lengua de la mujer salió de su boca como si se burlara del ejecutor.

Los dos jinetes desmontaron dirigiéndose hacia los cuerpos, sacaron un cuchillo y les hicieron unas profundas incisiones en los muslos, muy cerca de los genitales. Lo mismo en las axilas. Los jinetes, expertos en el arte del cuchillo para desmembrar el ganado, tenían pericia con éste. Se montaron en sus caballos, el ejecutor dio la orden y los caballos empezaron a galopar. Cuando se alcanzó el punto máximo de tensión se oyó un grito desgarrador que procedía de la multitud. En ese instante los caballos se llevaron por delante cuatro muslos diferentes y tres brazos por separado. Uno de los caballos había cortado solamente la mano de la muchacha. En la mitad de la calle yacían dos troncos humanos, el brazo y la cabeza de uno y sólo la cabeza del otro. El ejecutor regresó, cortó las sogas, dejó los miembros humanos al lado de los torsos y desapareció. Nadie se acercó a los cuerpos. Durante horas, una vez entrada la mañana, la multitud ligeramente sobria empezó a agruparse en torno a los restos.

La matanza continuaba cuando el sherife Burns regresó con ayuda. Organizó un grupo para que impusiera orden e intentó disuadir las bandas de maleantes, violadores y asesinos. Sólo cuando los criminales concluyeron sus perniciosos actos comenzó a disolverse la banda. Cuando llegó la mañana las calles empezaron a quedarse abandonadas a excepción de los cientos de chinos muertos.

Después de consultar con dos jueces y otros líderes políticos, el sherife Burns ordenó que se recogieran los cadáveres en la plaza de la calle de los Negros. Por la tarde, los muertos fueron reunidos y apilados en carros. El sherife Burns les indicó entonces a los conductores que debían transportar los cuerpos fuera de Los Ángeles y llevarlos a un cementerio en Pasadena. El sherife prometió que la justicia seguiría su curso.

Algunos hombres fueron sometidos a un juicio con un jurado presidido por el Juez Ygnacio Sepúlveda. Se condenó a unos pocos, los cuales serían liberados en seis meses. A pesar de los increíbles crímenes no hubo mucho castigo. La ciudad de Los Ángeles había mostrado poca preocupación por los chinos, incluso en los momentos más brutales durante la masacre. La ciudad entera se sumergió en un estado de amnesia histórica. Casi nadie hablaba de la matanza y pronto se convirtió en un mito o leyenda china —una historia sobre el pueblo chino que había sido desgarrado y devorado por las bestias gigantes de la noche.

Joseph notificó el descubrimiento a las autoridades.

La respuesta fue simple: —Quemen los restos —dijo un mensajero desconocido que se había marchado tan repentinamente como había llegado.

Había ahora cinco montones de cuerpos en la cantera principal. Un fuerte hedor a muerte penetraba en el aire. Los trabajadores continuaban cavando y sacando más cadáveres. A medida que crecían los montones, así lo hacían también las flores que traían las mujeres para rodear los montones de hueso y carne maltratada. Desde la distancia se agrupaban las mujeres gimiendo con sus niños juguetones para rezar el rosario. Se afligían por ver a estos muertos desconocidos, por sentir la pérdida de alguien que nunca habían conocido. Joseph y Rosendo miraban y expresaban su incredulidad de vez en cuando por lo que estaba pasando y lo que supervisaban.

Poco antes discutieron la posibilidad de abandonar ese lugar y empezar otra cantera en la parte oeste de la finca, sin embargo, la arcilla de mejor calidad se encontraba bajo sus pies y Joseph no

quería alterar el plan maestro que Rosendo había previsto y detallado. Joseph estaba preparado para eliminar cualquier elemento del pasado que pudiera detener el exitoso progreso de la planta.

Los cuerpos serían exhumados e incinerados. Joseph seguiría las órdenes que le dio el mensajero. Ordenó a Rosendo que trajera paja, leños y combustible. Éste organizó a algunos hombres para que prepararan los cuerpos para la cremación. Mientras los hombres colocaban los materiales para prender fuego, las mujeres seguían llevando flores que cubrían las caras de los muertos con bonitos y coloreados pañitos de adorno, mantillas, colchas, delantales y manteles. Después de realizar todo esto, los crematorios parecían montañas multicolores de flores.

La noche envolvía la escena cuando Joseph les pidió a unos cuantos voluntarios que mantuvieran los fuegos ardiendo toda la noche y, si era necesario, lo siguieran haciendo hasta el día siguiente. Los cadáveres debían ser eliminados y reducidos a ceniza gris. Rosendo eligió diez hombres jóvenes para que lo acompañaran durante la vigilia. Joseph se acercó a su caballo y ordenó que encendieran los cuerpos. Las llamas ardieron rápidamente. El ruido explosivo competía con los coros de las mujeres que rezaban el rosario. Poco a poco el olor a quemado de leña, huesos y carne invadió la escena. Rosendo siguió echando leña al fuego toda la noche y parte del día siguiente. Ya por la tarde, Joseph Simons cumplió su voluntad. La única evidencia física de los muertos era cinco montones de ceniza barrida esa noche por un fuerte viento cálido que llegó del este en dirección al mar.